

Textos: Lc. 9, 28-36; Mc. 9, 2-13; Mt. 17, 1-9

Escuchadle: 1.- “Escuchad sin hesitación alguna a Aquel en quien yo me complazco, cuya enseñanza me manifiesta, cuya humildad me glorifica, pues es la Verdad y la Vida, mi poder y mi sabiduría. Escuchad al que han anunciado los misterios de la Ley y han cantado la voz de los profetas. Escuchad al que ha redimido al mundo con su sangre, ha atado al diablo y le ha arrebatado sus armas, ha roto la cédula del pecado y el pacto de la prevaricación. Escuchad al que abre el camino del cielo y por el suplicio de la cruz os prepara la escala para subir al reino” (SAN LEÓN MAGNO).

2.- “Nosotros conoceremos que nuestra oración es buena y que avanzamos en ella si, cuando salimos, tenemos a imitación de nuestro Señor, la cara resplandeciente como el sol y los vestidos blancos como la nieve. Quiero decir, si nuestro rostro reluce con la caridad y nuestro cuerpo con la castidad, siendo la caridad la pureza del alma y la castidad la caridad del cuerpo...En la oración aprendemos a hacer bien lo que hacemos. Nuestro Señor se ponía siempre en oración antes de hacer algo grande; se retiraba en soledad a la montaña. Antes de comenzar su predicación y la conversión de las almas, se retiró durante cuarenta días. En el pasaje de hoy, le vemos transfigurarse y dejar ver un reflejo de su gloria a sus tres apóstoles. Y se oyó la voz del Padre diciendo: «Este es mi Hijo, el Amado, escuchadle.» El supremo grado de la oración y por tanto de la perfección es, pues, obedecer al Padre y escuchar al Hijo. Cuando los apóstoles se levantaron, porque habían caído al suelo, no vieron más que a Jesús sólo. Este es el grado supremo de la perfección: no ver más que a nuestro Señor en todo lo que hacemos” (SAN FRANCISCO DE SALES).

Descender para alcanzar la Gloria: 3.- “Desciende, Pedro. Querías descansar en la montaña, pero descende, predica la palabra, insta oportuna e inoportunamente, arguye, exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, sufre algunos tormentos para poseer en la caridad, por el candor y la belleza de las buenas obras, lo simbolizado en las blancas vestiduras del Señor. (...) Pedro aún no entendía esto cuando deseaba vivir con Cristo en el monte. Esto, ¡oh Pedro!, te lo reservaba para después de su muerte. Ahora, no obstante, dice: “Desciende a trabajar a la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. Descendió la Vida para encontrar la muerte; bajo el Pan para sentir hambre; bajo el Camino para cansarse en el camino; descendió el Manantial para tener sed, y ¿rehúas trabajar tú? No busques tus cosas. Ten caridad, predica la verdad; entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad” (SAN AGUSTÍN).

4.- “Nuestra vida es un camino hacia el Cielo. Pero es una vía que pasa a través de la Cruz y del sacrificio. También a nosotros quiere el Señor confortarnos con la esperanza del Cielo que nos aguarda, especialmente si alguna vez el camino se hace costoso y asoma el desaliento. Pensar en lo que nos aguarda nos ayudará a ser fuertes y a perseverar. El recuerdo de aquellos momentos junto al Señor en el Tabor fueron sin duda de gran ayuda en tantas circunstancias difíciles y dolorosas de la vida de los tres discípulos. (...) El Señor bendice con la Cruz, y especialmente cuando tiene dispuesto conceder bienes muy grandes. Si en alguna ocasión nos hace gustar con más intensidad su Cruz, es señal de que nos considera hijos predilectos. Pueden llegar el dolor físico, humillaciones, fracasos, contradicciones familiares... no es el momento entonces de quedarnos tristes, sino de acudir al Señor y experimentar su amor paternal y su consuelo. Nunca nos faltará su ayuda para convertir esos aparentes males en grandes bienes para nuestra alma y para toda la Iglesia” (FRANCISCO FERNÁNDEZ CARVAJAL).

5.- “La transfiguración es el espacio de la confidencia íntima, el susurrar las cosas más personales y secretas, la apertura a los amigos. Tampoco a nosotros, simples cristianos, nos faltan momentos en los que podemos experimentar a un Jesús diferente, porque se presenta de un modo particularmente luminoso a los ojos de nuestra mente y de nuestro corazón. Son esos momentos de la intimidad divina, del «corazón a corazón». Con todo, no debemos repetir el error de Pedro. Todos quisiéramos olvidar un pasado cargado de dificultades e ignorar un futuro cargado de incógnitas, a fin de saborear únicamente un presente gratificante. [...] Han subido a la montaña no para quedarse en ella, separados irresponsablemente de la llanura donde libran los seres humanos su batalla por la vida cotidiana, sino que, al contrario, han subido para comprender a fondo el sentido de la vida y volver a bajar para reemprender el duro camino” (G. ZEVINI).

6.- “A nosotros, peregrinos en la tierra, se nos concede gozar de la compañía del Señor transfigurado, cuando nos sumergimos en las cosas del cielo, mediante la oración y la celebración de los misterios divinos. Pero, como los discípulos, también nosotros debemos descender del Tabor a la existencia diaria, donde los acontecimientos de los hombres interpelan nuestra fe. En el monte hemos visto; en los caminos de la vida se nos pide proclamar incansablemente el Evangelio, que ilumina los pasos de los creyentes” (SAN JUAN PABLO II).

¡Qué bien se está aquí!: 7.- “De nuevo nos encontramos con el monte como lugar de máxima cercanía de Dios; el monte como lugar de la subida, no sólo externa, sino sobre todo interior; el monte como liberación del peso de la vida cotidiana, como un respirar en el aire puro de la creación; el monte que permite contemplar la inmensidad de la creación y su belleza; el monte que me da altura interior y me hace intuir al Creador. [...] La transfiguración es un acontecimiento de oración; se ve claramente lo que sucede en la conversación de Jesús con el Padre: la íntima compenetración de su ser con Dios, que se convierte en luz pura. En su ser uno con el Padre, Jesús mismo es Luz de Luz. En ese momento se percibe también por los sentidos lo que es Jesús en lo más íntimo de sí y lo que Pedro trata de decir en su confesión: el ser de Jesús en la luz de Dios, su propio ser luz como Hijo (...) Contemplar al Señor es, al mismo tiempo, fascinante y tremendo: fascinante, porque él nos atrae hacia sí y arrebató nuestro corazón hacia lo alto, llevándolo a su altura, donde experimentamos la paz, la belleza de su amor; y tremendo, porque pone de manifiesto nuestra debilidad, nuestra inadecuación, la dificultad de vencer al Maligno, que insidia nuestra vida, la espina clavada también en nuestra carne” (BENEDICTO XVI).

8.- “Ciertamente, Pedro, en verdad qué bien se está aquí con Jesús; aquí nos quedaríamos para siempre. ¿Hay algo más dichoso, más elevado, más importante que estar con Dios, ser hechos conformes con él, vivir en la luz? Cada uno de nosotros, por el hecho de tener a Dios en sí y de ser transfigurado en su imagen divina, tiene derecho a exclamar con alegría: *¡Qué bien se está aquí!* donde todo es resplandeciente, donde está el gozo, la felicidad y la alegría, donde el corazón disfruta de absoluta tranquilidad, serenidad y dulzura, donde vemos a (Cristo) Dios, donde él, junto con el Padre, pone su morada y dice, al entrar: *Hoy ha sido la salvación de esta casa*” (SAN ANASTASIO SINAÍTA).

Escuchad al Señor: ¿Has pensado que detrás del imperativo *Escuchadle*, está el amor de Dios que nos da a su Hijo para que nos hable en lo más profundo del corazón? ¿Escuchas al Señor a través de la Palabra, de la Iglesia, de las personas que Dios te pone en el camino, de la oración, o por el contrario haces de la fe una religión a tu medida, según tu interés, escuchándote a ti mismo? ¿Escuchas la exigencia y la Sabiduría de la Palabra o te quedas en la superficie, sin querer ir más allá?

No hay Cruz sin Gloria, ni Gloria sin Cruz: ¿Eres consciente de que para alcanzar la vida eterna, hay que ganar la batalla cotidiana del día a día, de que la salvación nos la jugamos aquí abajo en lo pequeño? ¿Te revelas contra las cruces de la vida o les das una trascendencia y un sentido, sabiendo que Dios es capaz de sacar mucho bien de ellas? ¿Vives tu día a día con la esperanza de una Vida con mayúsculas, sabiendo que estás llamado a una plenitud tan grande que no hay nada en la tierra que se puede equiparar?

Señor, ¡qué bien se está aquí!: ¿Has experimentado subir al monte con el Señor y llegar a una intimidad con Él donde puedas decirle, Señor “Qué bien se está aquí”? ¿Cuántas veces acudes a la oración necesitado de ella, sabiendo que tu alma descansa en el Señor? ¿Dejas en tu oración que hable el Señor, que te corrija, que te aliente, que te consuele? ¿Has pensado que si imitamos a Cristo de verdad, Él habitará en lo más profundo de nuestro interior y esto se palpará y se traducirá en paz y alegría, de tal forma que los demás puedan decir, al igual que Pedro, “Qué bien se está aquí”? ¿Te has parado a pensar que la “carne” de Jesús es como la nuestra, que se cansa, que es débil y que como Él, estamos llamados a ser portadores de esa gran belleza que es la transfiguración?